UN SOLO DOLOR

Qué pocas cosas duelen:
no duele la espera si hay reencuentro;
no duele la ausencia si es consentida;
no duele la muerte si es deseada.
No duele regresar una vez más
y traspasar la puerta del hogar;
ver que la sangre de la vida late
con pulso inalterable.
No duele entrar en los cuartos vacíos,
profanar esos espacios de ausencia
y escuchar el silencio de los vivos
sin que transcurra el tiempo.
No duele fisgar en el dormitorio,
mirar a tu querido amor soñando
con los sufridos lances del ayer,
víctima del pasado.
No duele advertir su respiración,
olfatear ese perfume etéreo
y sentir el borbotón de la sangre
latiendo desbocada.
No duele escuchar su voz de coral,
esa mágica espuma de palabras,
esa sutil melodía sinfónica
que vibra en los oídos.
No duele rememorar sus caricias,
sus oleadas de besos robados,
y casi sentir el alma abrasada
de gozosos recuerdos.
No duele ver los retratos en sepia
y dejar que te invada la nostalgia
de la felicidad arrebatada
por los tiempos efímeros.

No duele releer todas sus cartas,
escritas con fina tinta de amor
en el frágil papel de la memoria,
y notar un sonrojo.
No duele ser totalmente invisible,
quizá un mero espíritu vacío,
un recuerdo, una ilusión soñada,
y presenciarlo todo.
No duele el anhelado reencuentro
sin poder abrazarnos ni besarnos,
como trenes circulando por vías
que no pueden cruzarse.
Y no duele volver a pronunciar
mis más sentidas palabras de amor.
Las palabras que nunca escuchará…
Pero eso sí que duele.